

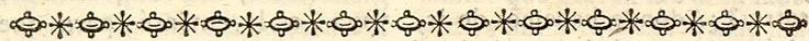
atestiguando que su Fe, su Ley, y su Dios es el verdadero. Mas ay de nosotros! que es tal nuestra vida, que con ella damos testimonio contra Christo, y con ella desacreditamos la Fe santa que profesamos, el Dios que adoramos, y la Ley que tenemos. Si se deben creer muchos testigos, y lo que ellos testifican con la vida, es de todo punto contrario á lo que dicen con las palabras, y á lo que contiene la Fe, y la Ley: ¿qué han de creer los Bárbaros, sino que nuestra Fe es falsa, y nuestra Ley, y nuestro Dios no es el verdadero? Porque si es buena, si es verdadera, ¿cómo obramos contra ella? Ves ahí por qué los Hereges, que nos ven, los Judíos que nos tratan, y los Mahometanos que nos conocen, no se convierten á nuestra santa Ley; porque nuestra vida la desacredita, y atestigua contra ella; y así somos los malos, testigos contra Christo. ¡Habrà mayor lstima, y dolor!

475 Considera lo sexto: Seréis mis testigos en Jerusalem. ¿Para esto nos envia al mundo? ¿Para esto venimos á la Iglesia? Advierte mas, que te manda el Señor que des testimonio en Jerusalem, en Judéa, Samaria, y en los términos de la tierra. Por Jerusalem, que es vision de paz, se entiende la contrición, por

donde se consigue la paz, dice Hugo: por Judéa la confesión: por Samaria la custodia, y observancia de la Ley; y por los términos de la tierra se ha de entender el desprecio de lo temporal; y así tu vida ha de dar testimonio, y exemplo á los contritos, para que se arrepientan; á los arrepentidos para que se confiesen; á los que se han confesado, para que perseveren en la observancia de la Ley; y á los que desprecian el mundo, para que mas lo desprecien. Este exemplo es el testimonio que quiere Dios de tí con tu vida. Mira, pues, ¿qué exemplo han tomado de tí los pecadores, quando quizás con tu vida los habrás escandalizado, y les habrás dado ocasion para que sean mas malos? ¿Qué exemplo has dado á los penitentes para que perseveren en la confesion, y frecuencia de Sacramentos, si por ventura tú, no solo no los frecuentas, antes murmuras, y mofas de los que se confiesan frecuentemente? ¿Qué exemplo tomarán de tí para ajustarse al cumplimiento de los mandamientos de Dios? ¿Qué dechado han tomado de tí para dexar al mundo, y despreciar lo terreno, si están viendo que tú, no solo no lo desprecias, sino que antes procuras con malos medios, ofendiendo al Señor, y quebrantando su Ley, juntar,

ate-

ateorar, y adquirir la hacienda, el dinero, los puestos, y regalarlos? Acuérdate que dice la Sabiduría, que el testigo falso no quedará sin castigo. Mira por aquí, Christiano, tu obligacion.



MISTERIO SEGUNDO

DE LA ADMIRABLE ASCENSION del Señor á los Cielos.

476 Considera el Misterio inefable de la Ascension del Señor; y aunque en todas las Consideraciones de la Vida de su Divina Magestad debes estar con grande atencion, diligencia, y cuidado; mas en esta, donde el alma considera, que su Esposo se le ausenta, y va tan lexos, que hasta la muerte no le ha de ver, debe mostrarse mas afectuosa, mas devota, y fervorosa. Y para que mejor puedas atender, y considerar el Misterio, te pondré aquí, dividido por Consideraciones, lo que dicen los Santos, y consideran por mayor, para que tú, ayudado con estas noticias, vayas haciendo tus discursos, y propias consideraciones. Considera, pues, lo primero con San Buenaventura (a), y San Vicente Ferrer (b), como en aquel último convite, que hizo el Señor con sus Discipulos, por último les declaró, co-

mo ya era llegado el tiempo, en que volviese al que lo habia enviado, y dexase el mundo: que aquella era la última vez que comia con ellos en este mundo comida visible, y corporal; y que ya pasado aquel dia, no le verian mas con la vista corporal: que se esforzasen, y avivasen la fe, para verle con los ojos del alma, á cuya vista no faltaria, porque estaba siempre con ellos, aunque se iba. Habiendo oido los Apóstoles estas palabras, fué grande la turbacion, y susto de sus corazones, y prorrumpieron todos en un llanto muy triste; y derramando muchas lágrimas, le dixerón: Bien sabeis, Señor, que por Vos dexamos quanto teniamos, y dimos de mano á parientes, amigos, y á todo quanto podiamos esperar en esta vida, y todo esto lo hicimos con mucho gusto, porque teniéndoos á Vos, nos teniamos por dichosos,

Li 3

(a) Cap. 99. Med. Vit. Christ. (b) Serm. uni. in Asc.

y Bienaventurados; pero ahora, que os vais, y nos dexais huérfanos, y destituidos de vuestra presencia, ¿qué ha de ser de nosotros? ¿Adónde habemos de ir, ni á quien nos habemos de juntar; y mas quando todos nos aborrecen, y desean el vernos fuera del mundo? Llevadnos Señor, con Vos, y no nos dexéis en medio de nuestros enemigos. A esto respondió el Señor, consolándolos, y les dixo: No se turben vuestros corazones, hijos míos, ni tengais miedo, que no os dexo huérfanos, ni desamparados, como decís. ¿Creéis en Dios? Creed en Mí, que soy verdadero Dios; y si me creéis Dios, también debéis creer que no os puedo faltar. Voy, y vengo á vosotros; porque como os dixe antes, ha de venir mi Espíritu sobre vosotros; y viniendo mi Espíritu, vengo Yo, y viene mi Padre, y estaremos con vosotros, y harémos mansion en vosotros; y en aquel dia conoceréis como Yo estoy en mi Padre, y mi Padre en Mí. Si vosotros me amárais, os habíais de alegrar, porque voy á mi Padre; y así, alegraos por esto, y juntamente por vuestro bien; y atended á que os digo verdad, y que siendo Dios, no os puedo engañar. Os conviene que Yo me vaya: lo uno, porque voy á disponer, y prepararos las sillas, y el lugar en donde habéis de descansar eter-

namente en mi compañía; y lo otro, porque si Yo no me voy, no vendrá á vosotros el Espíritu Consolador; mas así que Yo me vaya, os le enviaré, para que os enseñe, y dé á entender la verdad, y entonces se alegrarán vuestros corazones. Estas, y otras palabras de gran consuelo, y ternura les diría á sus Discípulos el Señor para consolarlos, segun meditan los Santos, San Buenaventura, y San Vicente. Vé tú ponderando cada palabra de por sí, y conocerás el espíritu de amor, de ternura, y compasion que reyna en tú Dios, y Señor para con los que le aman, y le sirven, y enamórate de tanta bondad, y misericordia.

477 Considera que, como dice San Lucas, acabado el convite, que fué en Jerusalem, los sacó de la Ciudad, y los llevó al Monte Olivete: y aunque Cayetano dice, que el Señor les mandó que se fuesen ellos, no obstante uno, y otro se comparece, segun la contemplacion de S. Bernardo, y S. Vicente Ferrer; y así, considera tú, que el Señor les dixo, acabado el convite, que se fuesen al Monte Olivete, porque allí habia de ser la despedida; mas ellos, con el sentimiento que tenían, puedes considerar, que le dirían estas palabras: Señor, ya veis que es cerca de medio dia, y saliendo todos juntos por medio de la Ciudad, nos han de ver nuestros

tros enemigos, y quizás nos estorbarán el paso, y con eso no os podremos ver: por lo qual os rogamos que nos acompañeis, que con Vos no tememos nada. Piensa, que el Señor les concedió lo que pedían; y como dice San Vicente Ferrer (a), los ordenó su Divina Magestad en forma de procesion, porque eran los que estaban juntos más de ciento; y así salieron del Cenáculo, yendo el Señor delante, y ellos en dos coros siguiéndole, y así pasaron por medio de Jerusalem, á vista de todos sus enemigos, que como dice San Bernardino de Sena (b), se quedaron pasmados así que vieron la santa compañía que pasaba por delante de ellos tan sin temor, y empezaron á bramar de corage, y enojo contra ellos; pero el Señor les puso tan grande miedo, y pavor, que se quedaron como atónitos, mirándolos pasar, sin atreverse á decir palabra. Pondera aquí cuán justamente temian los Apóstoles, y con quantá razon suplicaron al Señor que les acompañase. Toma tú exemplo, Christiano, y mira que andas entre muchos, y mas crueles enemigos, que son los demonios, el mundo, y tu carne; y teme mucho andar solo. Procura andar en gracia del Señor, y traerle

muy presente á qualquier parte donde vayas, que así se verificará en tí lo que dixo el Espíritu Santo: que caerán mil á tu lado, y diez mil á tu diestra; mas ninguno se llegará á tí, porque el Señor que vá contigo los aterrará; y podrás decir justamente: El Señor está á mi diestra (c), para que no me asuste, ni me perturbe; por esto se ensancha mi corazon, y la flaqueza de mi carne temerosa descansa en la esperanza, y confianza de quien me ha de librar. Mas ay de tí, si caminas solo! Porque si caes en manos de tus enemigos, ¿quién te librará? Saca el Señor á sus Discípulos de la Ciudad, y peligro; y como dixo San Buenaventura (d), les dixo que prosiguiesen el camino al Monte Olivete, y le esperasen allí, y su Divina Magestad pasó por Betania, y allí se apareció á Lázaro, y á otros amigos, y les mandó que se fuesen al Monte Olivete á juntarse con los demás, y de allí se fué al Paraíso Terrenal, en donde tenía los Santos Padres; y habiéndose despedido de Elías, y Enoch, y dádoles su bendicion, dexándolos llenos de consuelo, y gozo, volvió con todos los Santos del Limbo al Monte Olivete. Pondera el amor del Señor, y como habiendo sacado del peligro á sus

(a) Ubi sup. (b) Serm. 1. art. 1. cap. 3. (c) Psalm. 90. 7. (d) De Medit. Vit. Christ. in fin.

Apóstoles, mandó que prosiguiesen ellos por sí solos; para que veas como el Señor siempre está con los suyos en las tribulaciones, y en faltando estas, se ausenta: por eso solo se debían amar los trabajos, y abrazar cualquiera género de adversidad.

478. Considera el cuidado que tiene de los amigos, que si no hubiera pasado por Betania, se hubieran quedado Lázaro, los demás que estaban allí, y no le vieran en su triunfo. Habíanle servido en sus trabajos; y así va el mismo Señor en persona á convidarlos, para que le vean glorioso. Sirvele con la fidelidad que aquellos, y no hayas miedo que te quedes. Pondera el gozo que tuvieron los Santos Padres, que estaban en el Paraíso, así que entró el Señor, y les dixo: Ea, vamos, amigos, al Empíreo, subamos á mi Gloria, venid á la posesion del Reyno que se os está aparejado desde el principio del mundo. ¡Qué nueva tan gozosa! ¡Qué alabanzas, y canciones entonarían! Pondera el consuelo de Elías, y Enoch, y como el Señor los animó con la esperanza que habia de tener fin su destierro, y que habian de tener grande gloria en su Reyno, por lo mucho que se les dilataba; y quién duda que les revelaria

grandes secretos del fin del mundo, y de las barallas que han de tener con el Anti-Christo, y otras cosas que conducen para aquel tiempo? Aliéntate por aquí al desprecio del mundo, y al amor de las cosas del Cielo, viendo que quanto nuestro Señor obró, habló, y aconsejó en esta vida, todo fué ordenado á apartarnos de las cosas terrenas, y á disponernos para la Gloria, que al fin de aqueste destierro debemos aguardar.

479. Considera como habiéndose juntado los Apóstoles, Discípulos, y Amigos del Señor, todos como ciento y veinte, con nuestra Señora en el Monte Olivete, vino del Paraíso el Señor (como dice San Buenaventura) (a) con todos los Santos del Limbo, y muchos millares de Angeles, con grande gloria, y magestad, y se apareció á toda aquella santa compañía, que postrados en tierra le adoraron; y aunque la alegría de verle era grande, con todo eso, la pena de ver que se les iba, y los dexaba, les hacia derramar muchas lágrimas. En donde puedes considerar como el Señor nuevamente les consoló con tiernísimas palabras, y dulcísimas razones, y puedes entender, que les dixo: Hijos míos, no lloreis, ni os turbe mi apartamiento: sa-

(a) Ubi supr.

bed que mi Padre os quiere bien, y os ama, porque vosotros me amásteis á mí, y me creísteis: esto os basta saber, que sois amados de Dios, que es vuestro amigo; ¿qué mas podeis desear, ni querer? Pedidle, pues, como amigos verdaderos, que nada os negará. Sabed, que qualquiera cosa que le pidais por mí, y en mi nombre, os la dará, y quanto se os ofreciere, como lo pidais á mi Padre en mi nombre, Yo lo haré, para que mi Padre sea glorificado en mí: aseguraos de esta verdad, y consolaos; pues aunque me vaya, no os haré falta alguna: y fuera de esto, aunque podia llevar conmigo á mi Madre, que ha sido mi compañera fidelísima en mis trabajos, tormentos, y muerte, y era muy justo, que yéndome Yo á mi Gloria, la llevara conmigo, para que descansase, y se gozase con su Hijo la Madre; con todo, atendiendo á vuestro consuelo, y á los que han de creer en mí por vuestra predicacion, la dexo con vosotros en el mundo, y quiero que sea vuestra Madre, Maestra, y Protectora, y por tal quiero que la tengais. En ella, y por ella hallareis todo consuelo, y alivio: acudid á ella en vuestras necesidades, y aprietos, que como llena de mi gracia, de mi amor,

de mi sabiduría, y misericordia, os iluminará, y enseñará, os animará, y os consolará, como verdadera, y misericordiosísima Madre. Y en esto puedes considerar con el Venerable Padre Luis de la Puente (a), que los llamó para sí, y con grande cariño, y amor los fué abrazando, dándoles á besar sus sacratísimas manos, y llagas, de las cuales fué tanta la suavidad, olor, y fragancia que salió, que les recreó inefablemente los corazones, y confortó las almas con incomparable deleyte; con lo qual se templó la pena de los Discípulos, y ellos se confirmaron mas en la Fé, Esperanza, y amor de su Divina Magestad.

480. Considera como el Señor, despues de haber así consolado, y confortado á sus Discípulos, y amigos, se fué á su sacratísima Madre. Aquí aplica todas tus potencias, y sentidos, que es tiernísima la consideracion. Piensa que ves al Señor, que acercándose á su Madre Santísima, le dice con palabras de incomparable afecto, y ternura: Madre, Hija, y Esposa mia, grandes son los clamores, que en lo mas íntimo de mis entrañas suenan, pidiéndome que os lleve conmigo al descanso de mi Gloria: ya conozco que son voces que dan vuestros gran-

des

(a) Medit. de Asc.

des merecimientos á las puertas de mi amor, y de mi justicia, para que desde ahora os dé el Cielo que teneis merecido; pero me lastíma por otra parte el desconsuelo con que dexaré á mis Discípulos, y la falta que hareis á la nueva planta de mi Iglesia, y á todo el mundo; y así, suspendo el llevaros conmigo, y determino que quedeis por algunos años mas en la tierra; y así, amabilísima Madre mia, quedaos en mi lugar, y cuidadme de estos tiernos hijos, y mis hermanos. La Iglesia que dexo fundada, la Ley santa que dexo enseñada, y el Pueblo que con mi sangre dexo redimido, fio de Vos, y os lo encomiendo. De todos sereis Protectora, Madre de piedad, y misericordia, Intercesora de todos los Fieles, y Abogada de los pecadores; y para que todos sepan quán poderosa sois para inclinar mis oídos, y mover mi voluntad al perdón, y misericordia; en Vos dexo depositados todos los tesoros de mi gracia: en Vos dexo, como archivo de mis secretos, encerrados todos los misterios, ejemplos, obras, y palabras, que executé, y obré por la salud del Linage humano, desde que me hice hombre en vuestras purísimas entrañas, hasta la hora presente: en Vos dexo mi luz, mi

sabiduría, mi entender, y mi amor: en Vos dexo la clemencia, la piedad, y misericordia: en Vos dexo el don de consejo, y de fortaleza, con amplísima potestad sobre todo el mundo, y el Infierno, con la qual hareis milagros, y obrareis maravillas visibles, é invisibles: comprimeis las potestades infernales, y confundireis los tiranos, que contra mí se levantaren, destruyendo sus heregías, y errores en todo el universo mundo. Quien de corazón os llamare, no perecerá: quien consiguere vuestra intercesion, conseguirá mi gracia, y mi gloria; porque quanto me pidiereis, os será concedido: vuestra voluntad se hará, vuestros ruegos serán oídos, y concedidos, y todos vuestros deseos serán cumplidos. Piensa tú ahora con San Buenaventura (a), que habiendo oído María sacratísima estas razones, toda encendida en afectos de ardentísimo amor, postrada á los pies de su sacratísimo Hijo, le dixo de esta forma: Dios, dulcísimo Hijo, Señor mio, y Dios de amor, vuestra divina voluntad se haga, y perfectísimamente se cumpla en mí, vuestra humilde Esclava: no solo quiero quedar en este mundo conforme con el altísimo beneplácito de vuestro querer, sino que tambien estoy muy pronta

ta

(a) Cap. 99. de Medit. Vit. Christ.

ta á morir, y derramar toda mi sangre, si fuere necesario, por las almas por quienes Vos derramasteis la vuestra.

481 Considera como el sacratísimo Señor, viendo la humildad, conformidad, y resignacion de su santísima Madre, como dice el Venerable Puente (a), le dió su divina mano, y levantándola, la aplicó á la llaga de su costado; y puedes entender, que le diria aquellas palabras de los Cantares (b): Levantad, amiga mia, acercaos á mí, hermosa mia: no quiero que derrameis vuestra sangre, ni que padezcáis mas martirios: ya se pasó el Invierno, ya se acabó la tempestad, y el granizo de penas, y tormentos: ya se llegó la Primavera, y se vistió de flores nuestra tierra, mi sagrada humanidad, y vuestra. Venid, Paloma mia, entraos por la abertura de la piedra, y en la caverna del muro poned vuestro nido: venid á mi costado, Madre mia, entrad por esa puerta, penetrad hasta lo mas íntimo de mi corazón: esa quiero que sea vuestra vivienda, esa vuestra morada continuamente, y vuestro descanso. ¿Quién puede aquí ponderar la inmensidad de dulzura, de ternura, de suavidad, de olor, fragancia, y gozo, de que quedó llena en esta ocasion María so-

berana? ¿Quién puede entender la llama de amor que se encendió de nuevo en aquella santísima alma, y corazón? ¿Quién puede penetrar la alteza de los secretos que allí le fueron revelados, y los dones que al despedirse le comunicó el divino Hijo? ¿Quién puede numerar la copia de luz, ciencia, prudencia, zelo, sabiduría, y discrecion, que María santísima bebió en aquella fuente, para gobernar, enseñar, ilustrar, y confortar á los Fieles? Finalmente, allí se hizo cargo de todos aquellos que estaban presentes. Puedes considerar, que postrados á sus plantas, en presencia de su santísimo Hijo, le rindieron la obediencia en nombre suyo, y de toda la Iglesia, reconociéndola por Madre, Maestra, Señora, Gobernadora, y Reyna de todo el mundo, y de todas las criaturas. Llega, Cristiano, llega tú de los primeros: arrójate á sus plantas tambien: ofrécete por su esclavo, y ruégale por su santísimo Hijo, y Señor, que te reciba; que no hay razon para pretender servir á los Príncipes, y Reyes de la tierra, y no se tenga por dicha superior á todas las dichas el servir á la Reyna de los Cielos, y tierra; y así, preténdelo, y ruégaselo, y ofrécele para este fin su santísimo Rosario, que gusta

mu-

(a) Ubi sup. (b) Cant. 2. 10. 14.

mucho de él, y con eso le ganarás la voluntad, y serás admitido; y una vez admitido, mira que te sepas conservar.

482 Considera, que nuestro Señor, despues de todo esto, como dice el Texto santo (a), elevó sus manos santísimas, y dió su bendicion á los Apóstoles, y demás Discípulos, se elevó de la tierra, se subió á los Cielos, mirándole todos, hasta que una nube se les ocultó (b). Atiende lo primero á aquella palabra: Que elevó las manos, y les dió su bendicion. No elevó solo la una, sino las dos; porque como dice San Basilio (c), hizo primero oracion por ellos. Y tú puedes entender, que repetiria el Señor aquello que hizo antes en la Cena: Padre Santo, guarda estos Discípulos, que me diste: quando yo estaba con ellos, yo los guardaba; mas ahora los dexo, y vuelvo á tí; y así te ruego por ellos: yo vengo á tí, y ellos quedan en el mundo: ruegote, Padre piadoso, que me los libres de mal, y me los santifiques en la verdad; y no solo te ruego por estos, sino por aquellos, que con su predicacion creyeren en mí. Hecha la oracion, les dió su santísima bendicion, formando sobre todos una Cruz,

con la mano derecha, como dicen muchos Doctores (d), ó cruzando los brazos en el ayre sobre todos, como quieren otros, mostrándoles las llagas de las manos; y fué para darles á entender, lo primero, que habian de cargar la Cruz, á la qual vinculaba su bendicion: lo segundo, para que pusiesen los ojos en sus llagas, y con eso se les quedasen estampadas en los corazones, y memoria, que es la ayuda para cargar la Cruz; y lo tercero, para darnos á conocer, que cruzando sobre ellos sus brazos, los abrigaba con sus alas, como la ave á sus pollos, para que á su sombra esperasen, y confiasen en su providencia, que no les habia de desamparar, ni faltar.

483 Considera, pues, y atiende á la otra palabra: Que se elevó por el ayre, mirándole los Apóstoles, é iba subiendo poco á poco. Dice S. Bernardo (e): Deleytábase en ver á sus Discípulos, y por eso iba poco á poco, porque le tiraban de abaxo sus amigos, dice el Santo: y parece que los mismos Evangelistas lo quisieron dar á entender: pues siendo Católica, que subió con su propia virtud, uno dice (f), que subia como llevado: y otro dice, que era llevado; como si dixé-
ra-

(a) Act. Apost. 1. 9. (b) Luc. 24. (c) Lib. de Spiritu Sancto cap. 37. (d) S. Gregor. Nis. Or. Inoc. S. Hieron. de Vit. Moy. &c. (e) De Grat. humi cap. 1. (f) S. Mar. 16. Luc. 24.

ramos: Que lo asieron, y lo llevarone como asido. Era el amor, que tenia á los suyos, veheméntísimo, y este amor era como una gruesa cadena que lo detenia; y así, quando el Espíritu Santo nos pinta la venida del Señor al mundo (a), dice en una parte, que venia saltando de monte en monte, y de collado en collado; y en otra dice (b), que corria, y se esforzaba á correr como gigante: esto era quando venia á vivir entre los hombres; y ahora que se va á vivir entre los Angeles, va tan poco á poco, que parece que lo llevan como por fuerza. Así se lo manifestó á San Juan (c) en la vision de aquella Muger vestida del Sol, y calzada de la Luna, cuyo hijo, dice, fué arrebatado al Cielo; lo qual sucedió (dice la Glo. a, y Ruperto) el día de la Ascension del Señor (d), porque le tiraba tanto para la tierra el amor de sus Discípulos, que le hubo de arrebatarse su Padre Eterno, y apartarlo de ellos como con violencia. ¡O amor abrasado, y encendido de nuestro Dios! ¡O tibieza, y frialdad terrible de nuestros corazones! Cargáronlo de oprobrios, afrentas, y azotes, crucificándolo entre dos Ladrones; y con todo no hay

quien le pueda arrancar de entre los hombres. Y si esto pasa por Jerusalem entre aquellos réprobos, y obstinados Judíos, ¿qué pasará con las almas que le aman, y le sirven? ¿Quién podrá ponderar el amor con que les asiste? Por eso dixo (e) que sus deleytes eran estar con los hijos de los hombres. Esto pasa en aquel amoroso pecho; mas en los pechos humanos pasa muy al contrario: por nada le dexamos: qualquiera gusto, aunque solo tenga la apariencia de gusto, qualquiera entretenimiento nos aparta.

484 Considera en la otra palabra: Que una nube lo ocultó á los ojos de los Discípulos; y esta nube, dixo Simon de Casia, que se puso por delante á los Apóstoles (f), no porque el Señor la necesitase para subir; sino que como el Cielo estuviese con grandísimas ansias de recibir en sí al Señor envió aquella nube, que lo ocultase del mundo que le tiraba, y con eso entrase apriesa: y así dixo Cornelio Alapide (g), que mientras los Apóstoles le miraban, subia muy poco á poco; mas así que la nube se puso de por medio, subió como un relámpago, ó rayo, usando del dote de la agilidad, y en un instan-

te

(a) Cantic. 2. 8. (b) Glos. 6. 8. (c) Ap. 12. 5 (d) L. 14. in Ap. cap. 12. (e) Proverb. 31. (f) Lib. 14. prop. fin. (g) In cap. 1. Act. Ap.

te llegó al Cielo Empíreo. Saca de aquí una consideracion muy util para tu alma; y es, que mientras tuvieres limpios los ojos del alma, y mirares á Christo, no acertará el Señor á apartarse de tí, y le tendrás como la piedra imán tiene el acero. Por eso habiendo el Esposo ponderado la hermosura, y pureza del alma santa, dixo (a), que quien con mas fuerza le hacia volar á su corazon era la vista de sus ojos: esta era como un esquadron armado, que lo detenía, cautivaba, y no le dexaba ir. Esto pasa en el alma pura, y limpia; pero en atravesándose de por medio la nube, entonces vuela, y como rayo se retira. Esto sucedió á los Apóstoles, no obstante que, como dice Cayetano (b), era aquella nube de gloria, formada de los resplandores del Señor; y como dicen otros, era nube milagrosa, no de la tierra, sino criada por el Señor, pura, y transparente; y otros dicen que era formada de la claridad de los Coros de los Angeles, y Bienaventurados que acompañaban al Señor; y así una nube de resplandor de gloria, una nube milagrosa, y celestial, ó la claridad de muchas criaturas gloriosas, puesta por delante, oculta al Señor, ciega á los Apóstoles, y hace que su

Divina Magestad como rayo se ausente de ellos. ¿Qué no hará la nube de la culpa, y la perfeccion del amor terreno de criaturas corruptibles? ¿Qué no hará la gloria vana del mundo, y los lucimientos mundanos? Mira no te dexes cegar: aparta esas cosas, que te esconderán al Señor, y por mas que apliques la vista, no le verás, ni le hallarás; porque se ausenta en no viendo tu alma limpia, y pura.

485 Considera en aquel triunfal aparato, y gloriosa grandeza con que sube el Señor; de que hablando en profecía el Salmista, dice al Salmo 67. que subió en un carro, ó carroza, asistido de millares de millares de Angeles. Este era el carro triunfal en que subía nuestro Emperador: el acompañamiento era de innumerable multitud de Angeles, dixo S. Gerónimo; y Cayetano dixo, que eran los despojos de la victoria, y los cautivos que sacó de la cautividad del mundo; los quales dispuestos, y ordenados por coros, cantaban dulcissimas alabanzas al Señor, con grande júbilo, y alegría inefable de todos. Iba delante de todos estos esquadrones el Señor, como lo dixo por Micheas (c); y así que se acercó á los Orbes celestiales, como dice S. Buenaventura (d), no quedó Espíritu Bien-

(a) Cant. 6. 4. (b) In præs. (c) 2. 3. (d) Cap. 100.

Bienaventurado alguno en la Gloria, que no baxase á recibirle. Venían todos por sus órdenes; y postrados ante el Señor con suma reverencia, le adoraron, y luego juntos los que iban con los que venian, se ordenaron en dos coros, y empezó la música de voces, y músicos instrumentos, y fué prosiguiendo la mas solemne, grande, y gloriosa procesion, que jamas vió la Corte Militante, ni Triunfante. Echate aquí á pensar, Christiano, y trae á tu memoria las fiestas, alegrías, regocijos, júbilos, danzas, clarines, trompetas, caxas, y quanto pudieras alcanzar, y entender de dulzura, suavidad, deleyte, pompa, magestad, grandeza, y aparato; tanto imagina en aquel gloriosísimo triunfo. Allí los Serafines, y Querubines, los Tronos, Principados, y Potestades del Cielo, todos hacen fiesta, todos cantan gloriosas alabanzas al Señor. ¡O qué suavísimos ecos! ¡O qué dulcissimas canciones suenan por todos esos Orbes celestiales! Pues y la entrada en la Corte celestial, ¿qué entendimiento puede entender, ni qué criatura puede ponderar quán célebre quán gloriosa, quán magnífica, y soberana fuese? Llegó, en fin, nuestro gloriosísimo Príncipe al Trono de su Padre, y reconociéndose en quanto hombre in-

ferior, postrado á sus plantas, adoró con infinita reverencia á su Divinidad; y puedes considerar que le dixo: Padre santísimo, altísimo, y amabilísimo, aquí tenéis á vuestro Hijo obediente á vuestro precepto. Baxé al mundo, manifesté á los hombres vuestro santo, y divino nombre; glorifiqué vuestra grandeza en la tierra: conací la obra de la humana Redencion, que me habeis encargado: entré en batalla con el Príncipe del mundo, vencíle, quitéle el Reyno, y lo arrojé fuera: dexéle desarmado, y en prisiones: quitéle el despojo de sus victorias, el qual pongo á vuestras divinas plantas, á quien se debe toda reverencia, toda honra, y alabanza. Vuestro es el Reyno que he conquistado: vuestro el Imperio que he ganado: vuestra la potestad, y poder, con que yo vencí: vuestra es la gloria, vuestro el triunfo, y vuestra la victoria. Pondera, y considera la alegría, el contento, y amor con que el Padre recibió á su Hijo, y como le dá la mano, y le abraza, ensalza, y engrandece, mandando que toda la Corte celestial celebre las gloriosas victorias de su Hijo: siéntale á su diestra en su mismo Trono sublimado, y engrandecido con infinitas ventajas á todas las criaturas: dale luego la